

**Soledad y compañía artificial. Clarificación conceptual
y evaluación crítica desde una perspectiva humanística *****Solidão e companhia artificial. Clarificação conceitual
e avaliação crítica a partir de uma perspectiva humanística*****Loneliness and Artificial Companionship. Conceptual Clarification
and Critical Evaluation from a Humanistic Perspective***Danila Suárez Tomé  **

Este artículo propone una evaluación crítica del tecnosolucionismo aplicado a la denominada “epidemia de soledad”, al analizar cómo la inteligencia artificial (IA) reconfigura este malestar social en un objeto de consumo privado. El objetivo principal es realizar una clarificación conceptual y normativa sobre el pasaje de la IA como herramienta a la IA como interlocutora. Metodológicamente, se adopta una perspectiva humanística y relacional que cuestiona la definición dominante de soledad entendida meramente como un déficit individual de interacción medible mediante escalas subjetivas. A través de un análisis comparativo de la literatura reciente sobre *AI companions* y robots sociales, se identifican tendencias transversales: la estabilización de la soledad como variable psicologizada, la promesa de modulabilidad afectiva mediante interacción de bajo costo y la justificación de estas tecnologías por su escalabilidad frente a la escasez de recursos humanos. El artículo concluye que la intervención tecnológica no es políticamente neutra, ya que tiende a desplazar la pregunta por las condiciones sociales, institucionales y políticas del vínculo (reconocimiento e inclusión) hacia la gestión técnica de estados individuales. Se propone, en cambio, recuperar herramientas humanísticas para discutir la soledad como un fenómeno con implicancias públicas que requiere infraestructuras colectivas de cuidado y no solo soluciones privatizadas.

Palabras clave: soledad; inteligencia artificial; compañía artificial; reconocimiento social; tecnosolucionismo

Este artigo propõe uma avaliação crítica do tecnosolucionismo aplicado à chamada “epidemia da solidão”, ao analisar como a inteligência artificial (IA) reconfigura esse mal-estar social em um objeto de consumo privado. O objetivo principal é realizar um esclarecimento conceitual e normativo sobre a transição da IA de ferramenta para interlocutora. Metodologicamente, adota-se uma perspectiva humanística e relacional que questiona a definição dominante de solidão, entendida meramente como um déficit individual de interação mensurável por meio de escalas subjetivas. Por meio de uma análise comparativa da literatura recente sobre companheiros de IA e robôs sociais, identificam-se tendências transversais: a estabilização da solidão como variável psicologizada, a promessa de modulabilidade afetiva por meio de interação de baixo custo e a justificativa dessas tecnologias por sua escalabilidade diante da escassez de recursos humanos. O artigo conclui que a intervenção tecnológica não é politicamente neutra, pois tende a deslocar a questão das condições sociais, institucionais e políticas do vínculo (reconhecimento e inclusão)

* Recepción del artículo: 15/04/2026. Entrega del dictamen: 15/07/2026. Recepción del artículo final: 03/08/2026.

** Instituto de Investigaciones Filosóficas, Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Correo electrónico: danilast@conicet.gov.ar. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9840-2961>.

para a gestão técnica de estados individuais. Propõe-se, em contrapartida, recuperar ferramentas humanísticas para discutir a solidão como um fenômeno com implicações públicas que requer infraestruturas coletivas de cuidado e não apenas soluções privatizadas.

Palavras-chave: solidão; inteligência artificial; companhia artificial; reconhecimento social; tecnossolucionismo

This article offers a critical assessment of technosolutionism as applied to the so-called “epidemic of loneliness,” by analyzing how artificial intelligence (AI) reframes this social malaise as an object of private consumption. The main objective is to provide conceptual and normative clarification regarding the transition from AI as a tool to AI as an interlocutor. Methodologically, the study adopts a humanistic and relational perspective that challenges the dominant definition of loneliness, understood merely as an individual deficit in interaction that can be measured using subjective scales. Through a comparative analysis of recent literature on AI companions and social robots, cross-cutting trends are identified: the consolidation of loneliness as a psychologized variable, the promise of affective modality through low-cost interaction, and the justification of these technologies based on their scalability in the face of a shortage of human resources. The article concludes that technological intervention is not politically neutral, as it tends to shift the focus away from the social, institutional, and political conditions of connection (recognition and inclusion) toward the technical management of individual states. Instead, it proposes reclaiming humanistic tools to discuss loneliness as a phenomenon with public implications that requires collective care infrastructures—not merely privatized solutions.

Keywords: loneliness; artificial intelligence; artificial companionship; social recognition; technosolutionism

Introducción

En los últimos años, en el discurso público y corporativo, comenzó a consolidarse una formulación específica del problema de la soledad que la entiende, ante todo, como una carencia de “oferta” de vínculo. En este sentido, propone intervenir ampliando esa oferta mediante productos desarrollados por inteligencia artificial. Esta orientación se volvió particularmente visible cuando Mark Zuckerberg impulsó de manera explícita el desarrollo de “amigos IA” y “terapia IA” como respuesta posible a la llamada epidemia de soledad (Bobrowsky, 2025); este movimiento traduce un malestar social en una nueva frontera de servicios, plataformas y modelos de negocio privados.

Esa traducción no queda en el plano discursivo. Ya existe un mercado de *AI companions* (compañeros de IA)¹ que vende relación, continuidad y presencia como prestaciones. Por ejemplo, Replika organiza esa demanda mediante un esquema *freemium*,² que vuelve el vínculo pasible de mejoras de plan,³ y Kindroid compite prometiendo “memoria” persistente y personalización como atributos vendibles del lazo⁴. A su vez, plataformas generalistas como ChatGPT ingresaron recientemente a la conversación pública como soluciones de compañía cuando se reportó que cambios de modelo o de “tono” afectaban la experiencia de quienes lo utilizaban con ese fin (Mahdawi, 2025). Incluso, la “compañía” empieza a materializarse como categoría de consumo: en enero de 2026, en la CES (Consumer Electronics Show), se presentó un dispositivo de escritorio publicitado como “alma gemela de IA” para trabajadores remotos solitarios (Townsend, 2026).

Estas ofertas se apoyan en un trasfondo de soledad extendida que hoy se discute como problema de salud pública a nivel global. La Organización Mundial de la Salud estima que, en la última década, casi una de cada seis personas se sintió sola, con niveles particularmente altos en la adolescencia. Asimismo, existe una marcada brecha de equidad en la experiencia de la soledad entre países más pobres y más ricos: las poblaciones marginadas y con menos recursos enfrentan tasas de desconexión social mayores y barreras estructurales más profundas para el vínculo humano (World Health Organization, 2025). En ese contexto, lo interesante no es solo la expansión tecnológica, sino el tipo de sustitución que empieza a volverse pensable y practicable. Un relevamiento de Common Sense Media en adolescentes de Estados Unidos registra un uso extendido de *AI companions* (72% los usó alguna vez); además el 33 % de quienes los usan declara haber elegido hablar con una IA y no con una persona sobre un asunto importante (Robb & Mann, 2025). El pasaje de la IA como herramienta a la IA como interlocutora indica una reorganización de expectativas sobre qué cuenta como “apoyo” y en qué condiciones se vuelve aceptable tercerizarlo.

¹ Se trata de un término paraguas utilizado para designar sistemas basados en IA diseñados para sostener interacción conversacional recurrente con una persona, con continuidad en el tiempo y orientación explícita a funciones de compañía, apoyo o vínculo, más allá de la mera asistencia instrumental en tareas.

² *Freemium* es un modelo de negocio que ofrece una versión básica de un servicio sin costo y reserva funciones avanzadas o contenidos adicionales para una suscripción paga. La lógica consiste en atraer una base amplia de usuarios y convertir a una parte de ellos en clientes *premium* mediante restricciones graduales (por ejemplo, límites de uso, acceso a herramientas específicas o eliminación de publicidad). Un ejemplo popular es Spotify.

³ Replika funciona con un esquema *freemium* en el que ciertas modalidades del vínculo quedan asociadas a la suscripción paga, en particular, la posibilidad de fijar el “estado de relación” como pareja romántica (en contraste con el modo “amigo”, entre otros); esto vuelve la relación misma susceptible de “mejoras de plan” o pasajes a un plan superior.

⁴ Kindroid se posiciona en este mercado destacando como rasgos diferenciales la memoria persistente y la personalización del interlocutor; en su propia comunicación pública, presenta la “memoria” como un componente central de la experiencia y describe la posibilidad de “implantar recuerdos clave” y construir una historia de trasfondo para que el acompañante sea único.

Desde una perspectiva humanística crítica, la pregunta no se agota en la eficacia instrumental —si estos sistemas “hacen sentir mejor” o mueven ciertos indicadores—, sino que apunta a la reconfiguración del problema y de la respuesta socialmente dominante. Cuando la soledad se estabiliza como carencia personal gestionable, la intervención tiende a adoptar la forma de consumo de compañía privatizada. En el plano ético, esto vuelve visibles problemas conocidos en el campo de los *AI companions*: captación de información sensible, explotación de vulnerabilidades socioemocionales, zonas grises de responsabilidad cuando operan como contención sin resguardos clínicos o institucionales, y riesgos de dependencia y desplazamiento de interacciones humanas (Morton Gutiérrez, 2022; Pani *et al.*, 2024).

Sin embargo, el punto decisivo aparece en el plano político. En una clave arendtiana, retomada por Mark Coeckelbergh (2023), la soledad no remite solo a un estado psíquico, sino a una forma de aislamiento que erosiona vínculos cotidianos, solidaridad y capacidad de acción colectiva. De ahí que su “gestión” tecnológica no sea políticamente neutra y pueda profundizar la “soledad política”, aun cuando ofrezca interacción constante (Coeckelbergh, 2023). A su vez, cuando la compañía se ofrece como servicio bajo infraestructuras corporativas, el vínculo queda sometido a decisiones unilaterales que quedan fuera de la deliberación pública y del control democrático: diseño, moderación, actualizaciones, monetización. Esto consolida nuevas formas de captura de atención y de datos en torno a una vulnerabilidad social convertida en oportunidad de negocio.

Ahora bien, ese desplazamiento político se apoya en una operación previa menos visible: estabilizar qué entendemos por “soledad”, “compañía” y “apoyo” para volver razonable la sustitución. Antes de discutir si una tecnología “reduce” la soledad, resulta indispensable aclarar qué experiencia se nombra bajo esa etiqueta y qué presuposiciones normativas operan en esa nominación. En los debates actuales coexisten definiciones distintas: no es equivalente concebir la soledad como estado interno resoluble mediante aumento de interacción (incluida la interacción con IA) que entenderla como fenómeno relacional ligado a redes de reconocimiento, instituciones y disponibilidad efectiva de otros en un mundo compartido. Del mismo modo, no es lo mismo identificar “apoyo” con la sensación de ser escuchado que tratarlo como una práctica que involucra reciprocidad, obligaciones y capacidad de respuesta. Estas distinciones fijan qué cuenta como problema, qué se ofrece como “solución”, con qué métricas se evalúa y qué sustituciones del vínculo se vuelven aceptables.

En este marco, el objetivo del presente trabajo es contribuir a una evaluación crítica del tecnosolucionismo⁵ aplicado a la soledad, mostrando que la disputa no es solo empírica o técnica, sino también conceptual, normativa y, en un sentido relevante, política. La estrategia no es acumular resultados, sino reconstruir las decisiones que vuelven a la soledad un objeto intervenible: qué definición se asume, qué se toma como indicador, qué diagnóstico se presupone, qué promesa se formula y qué horizonte normativo queda implícito cuando esa promesa se presenta como razonable. Se propone un análisis conceptual aplicado que reconstruye definiciones y operacionalizaciones de “soledad” en la literatura reciente sobre IA y compañía artificial; además, se identifican diagnósticos, se describen promesas de solución y se explicitan los supuestos que las sostienen, atendiendo a cómo esas decisiones reordenan qué cuenta como evidencia y qué cuenta como intervención pertinente.

⁵ “Tecnosolucionismo” se entiende como una orientación ideológica que legitima ciertas promesas de “mejora” en la medida en que reformula situaciones sociales complejas como problemas de definición clara susceptibles de soluciones definitivas y computables, supuestamente optimizables mediante “los algoritmos correctos” (Morozov, 2016).

Esta orientación no impugna que la soledad pueda abordarse empíricamente ni que sea pertinente recurrir a escalas, autoinformes o indicadores como insumos de investigación. La crítica se dirige, más bien, a un desplazamiento conceptual y normativo: la transformación de un recorte operativo —útil para medir ciertos aspectos de la experiencia— en una caracterización exhaustiva del fenómeno, que termina fijando estándares de mejora centrados en la modulación de estados individuales. Cuando esa operación se consolida, el problema deja de formularse en términos de condiciones sociales e institucionales del vínculo y tiende a reubicarse en el terreno del diseño y la escalabilidad de soluciones. En la medida en que la soledad queda definida como déficit individual cuantificable, se vuelve verosímil que la respuesta dominante consista en producir y expandir tecnologías de compañía, antes que en poner en cuestión arreglos colectivos, políticas e infraestructuras de cuidado que sostienen la vida en común y distribuyen de manera desigual las posibilidades de integración.

El texto se organiza del siguiente modo. Primero, se presenta el carácter disputado del campo conceptual de la soledad. Luego, se fundamenta un marco relacional y crítico para examinar cómo “compañía” y “apoyo” se convierten en prestaciones en el dominio de la IA. Sobre esa base, se analiza comparativamente un corpus acotado de publicaciones recientes. Finalmente, se sistematizan tendencias transversales y se cierra con una reflexión sobre el aporte específico de herramientas humanísticas para discutir estas tecnologías en contextos sensibles: lo que está en juego no es solo la eficacia de dispositivos, sino también la normalización de una respuesta privatizada y escalable a un fenómeno con implicaciones públicas.

1. Soledad: un campo conceptual en disputa

En este apartado se busca situar, en primer lugar, por qué la definición hoy dominante de “soledad” —y, con ella, el modo en que el fenómeno se vuelve medible e intervenible— no puede tratarse como un punto de partida conceptualmente neutro, aun cuando resulte operativamente útil para propósitos de investigación empírica. Si bien la OMS propone una caracterización que enmarca la soledad como desafío de salud pública a escala global, y si bien buena parte de la literatura reciente retoma ese encuadre, ello no equivale a un consenso teórico acerca de cuál es la descripción más adecuada del fenómeno.

La definición que circula con mayor fuerza entiende la soledad como un estado emocional negativo y subjetivo que emerge de una discrepancia entre la conexión deseada y la conexión efectivamente experimentada (World Health Organization, 2025). Sin embargo, el propio campo reconoce que el trabajo conceptual sigue siendo problemático, en la medida en que falta una conceptualización comprehensiva y unificada y, por ende, una definición teórica clara y precisa de la soledad (Cunningham *et al.*, 2025). Por eso, aun cuando la definición de la OMS funcione como punto de partida para describir tendencias y organizar intervenciones, conviene leerla como una apuesta entre otras dentro de un terreno conceptual todavía abierto.

Ahora bien, esa apertura conceptual se vuelve más nítida cuando incorporamos perspectivas humanísticas y de las ciencias sociales, porque allí aparece con claridad que el campo no solo acumula definiciones heterogéneas, sino que también disputa, de manera estructural, qué cuenta como soledad, cómo se la explica y con qué criterios se la distingue de fenómenos vecinos. En esta dirección, Barrio Formoso (2024) sostiene que el panorama teórico resulta difícil de ordenar tanto por la tendencia de muchas perspectivas a presentarse como explicaciones totalizantes del campo, como por la ausencia de criterios suficientemente claros para clasificar la diversidad existente; por

esta razón, propone abandonar la expectativa de una taxonomía rígida y avanzar, en cambio, hacia una cartografía construida por “parecidos de familia”, es decir, por una red de rasgos parcialmente superpuestos y entrecruzados.

Sobre esa base, el autor explicita un mapa de acercamientos distinguibles por su impronta disciplinar y distingue, de modo heurístico, enfoques evolutivo-genéticos, psicológicos⁶, afectivos, integracionistas, sociológicos y existencialistas. Además, subraya que estas perspectivas no son estancas, sino que interactúan, se influyen y, a veces, sintetizan elementos entre sí (Barrio Formoso, 2024). A su vez, este gesto cartográfico se vuelve política y metodológicamente relevante porque, en el diagnóstico del propio autor, el campo se encuentra fuertemente hegemonizado por los ámbitos biomédicos y psicológicos, lo que estrecha el debate y relega a un lugar marginal las dimensiones socioculturales que las ciencias humanas y sociales pueden volver conceptualmente visibles (Barrio Formoso, 2024).

Ahora bien, aun si restringimos el foco a la soledad como experiencia subjetiva o estado interior, la perspectiva psicológica no agota el campo, y esto es relevante porque buena parte de la literatura empírica toma como evidente una definición que, en rigor, está teóricamente cargada. Tirkkonen (2025) observa que la formulación dominante en ciencias del comportamiento —discrepancia percibida entre el vínculo esperado y el vínculo efectivamente vivido— no opera como mera descripción, sino que descansa en supuestos que tienden a enfatizar el procesamiento cognitivo y a encuadrar la soledad como estado emocional individual. Frente a ese marco, la filosofía —en particular los enfoques fenomenológicos— propone una vía que no abandona la dimensión subjetiva, sino que la reubica, atendiendo a la experiencia en primera persona y a estructuras como la intersubjetividad, la afectividad, el cuerpo y la espacialidad. Esto muestra que, incluso “por dentro”, la soledad puede conceptualizarse de modos distintos.

En la reconstrucción que ofrece Tirkkonen (2025), esa pluralidad se expresa en diferentes contextos: cuando la soledad se describe como una alteración de la autovivencia, bajo figuras como el extrañamiento de sí o la autointerrupción; cuando se la analiza como experiencia de ausencia de bienes sociales con variaciones entre formas lúcidas y formas no plenamente tematizadas; cuando se la entiende como un modo afectivo relativamente duradero que configura el estar en el mundo en continuidad con teorías de estados de ánimo y sentimientos existenciales; cuando se enfatiza su dimensión encarnada y espacial, en la que el entorno pierde posibilidades sociales y la experiencia adopta la forma de vacío o desajuste, antes que la de un mero sentimiento introspectivo. En esa misma línea, el trabajo subraya, por un lado, que la evaluación que estructura la vivencia remite a expectativas normativamente moldeadas, distinguibles según se trate de vínculos íntimos o del medio social más amplio, y, por otro, que nociones como “reconocimiento” permiten iluminar por qué ciertas formas de soledad resultan aversivas (Tirkkonen, 2025). Por ende, el desacuerdo no es solo sobre qué medir, sino sobre qué tipo de entidad se supone que es la soledad y qué condiciones de posibilidad se le atribuyen como experiencia. Esta cuestión incide de manera directa en los estándares de evaluación y en los criterios de mejora.

1.1. Compañía como prestación: un marco relacional y crítico

Esta disputa definicional cobra un peso particular cuando entramos en la literatura sobre soledad e IA, porque allí la pregunta por si “funciona” un *AI companion* depende directamente de qué se entiende por soledad y de qué estándares se adoptan para evaluar una “compañía significativa”. En una revisión de enfoques filosóficos sobre IA y

⁶ El autor establece un recorte interno entre modelos conductistas, psicodinámicos y, sobre todo, cognitivos.

soledad, Taebnia (2025) parte de que las definiciones usuales combinan un componente subjetivo-afectivo y otro ligado a insuficiencias en las relaciones, y muestra que distintos trabajos priorizan alternativamente la dimensión relacional o la emocional. En consecuencia, sostiene que una contribución filosófica específica consiste en explicitar y refinar las presuposiciones conceptuales del campo, en la medida en que esas presuposiciones determinan qué se toma por evidencia relevante, qué se interpreta como mejora y qué tipo de sustitución del vínculo se vuelve tolerable.

En este punto, la perspectiva de Jacobs (2024) resulta especialmente fecunda porque desplaza la discusión desde la soledad entendida como malestar privado hacia una lectura relacional y normativa. El núcleo de su propuesta es que la soledad no se comprende adecuadamente como un estado interior al que luego se agregan determinaciones sociales, sino como un cambio significativo en la relacionalidad. Para sostener ese desplazamiento, Jacobs explicita tres premisas antropológicas. En primer lugar, los seres humanos son constitutivamente relacionales. En segundo lugar, en tanto seres relacionales, requieren reconocimiento social en formas básicas de comprensión empática y respeto. En tercer lugar, pueden sufrir precisamente porque son seres sintientes. Bajo este marco, se vuelve inteligible por qué la soledad suele evaluarse como una condición que interfiere con el bienestar y con la salud psicosocial, pero también por qué ese daño no se reduce a una emoción negativa individual.

De acuerdo con Jacobs (2024), la soledad afecta la integridad de la relación de la persona consigo misma y con el mundo, en la medida en que altera procesos evaluativos y patrones de acción. Incluso cuando se experimente “por dentro”, la soledad acontece siempre sobre un trasfondo de incrustación social, dado que depende de una esfera de relaciones que habilita o niega condiciones de vinculación significativa. Por esta razón, Jacobs (2024) sostiene que la soledad puede describirse como una patología social, en tanto expresa disfunciones en el punto de articulación entre individuación e integración y remite a fallas en dinámicas de inclusión y en procesos de reproducción simbólica del mundo de la vida.

El rendimiento crítico de esta reestructuración se vuelve todavía más preciso cuando Jacobs (2024) incorpora el vocabulario de la teoría del reconocimiento y, en particular, distingue entre falta de reconocimiento y reconocimiento falso. La falta de reconocimiento remite a formas de negligencia, invisibilidad o desatención que recortan la pertenencia y la participación, mientras que el reconocimiento falso refiere a modalidades de instrumentalización en las que un agente es valorado como medio para fines ajenos, lo cual también erosiona la inclusión. En ambos casos, la soledad deja de presentarse como déficit de interacción compensable por aumento de estímulo conversacional y pasa a describirse como experiencia de alienación ligada a prácticas sociales, institucionales y simbólicas que fallan en producir reconocimiento (Jacobs, 2024). Esta es la bisagra normativa. Si el daño implicado en la soledad involucra condiciones de integración y participación, entonces no basta con producir sensación de conexión, aun cuando esa sensación sea intensa, estable o estadísticamente capturable. La pregunta relevante se desplaza hacia qué tipo de reconocimiento se pone en juego, qué formas de pertenencia habilita y qué se sustituye cuando la respuesta adopta la forma de provisión tecnológica de compañía.

Con esto queda delineado el marco relacional y crítico que guiará el análisis de la compañía como prestación digital. En primer lugar, la promesa de compañía debe leerse como promesa relacional y no únicamente como intervención sobre estados afectivos individuales. En segundo lugar, esa promesa también opera sobre condiciones de inteligibilidad del problema, en la medida en que delimita qué cuenta como evidencia y qué intervenciones aparecen como pertinentes; esto vuelve verosímil la posibilidad de

que la salida dominante sea el diseño y la escalabilidad de dispositivos de compañía, en lugar de la interrogación por arreglos colectivos, políticas e infraestructuras institucionales de cuidado. En tercer lugar, el criterio de evaluación no puede agotarse en variaciones de puntajes, porque lo que está en juego es si la interacción reproduce, sustituye o simula formas de reconocimiento social, y si contribuye a la inclusión o produce una conectividad que no repara el daño en el plano de la pertenencia. Dicho de otro modo, el eje no es solo cuánto alivio produce, sino qué mundo relacional presupone y qué mundo relacional vuelve más probable.

2. Estandarizar, escalar, personalizar: la promesa de la IA frente a la soledad

En esta sección se presenta un análisis comparativo de un corpus acotado de publicaciones recientes sobre soledad e IA que, pese a sus diferencias de formato y de tecnología, comparten una operación común: volver la soledad un objeto de intervención mediante sistemas potenciados con IA. El objetivo no es asumir esa condición como punto de partida, como si el fenómeno ya estuviera definido y solo restara escoger el artefacto, sino reconstruir cómo se produce esa posibilidad de intervención y qué reestructuración del problema se habilita cuando “compañía” y “apoyo” se convierten en prestaciones.

Para ello, resulta preciso explicitar los criterios de constitución del corpus. Lejos de pretender una revisión sistemática exhaustiva, la selección tiene un carácter deliberadamente cualitativo e ilustrativo, orientado a desarmar la arquitectura conceptual del campo. Los textos fueron seleccionados bajo tres criterios: su publicación reciente (entre 2024 y 2025), su disponibilidad en acceso abierto y, fundamentalmente, su variedad tipológica (estudios aplicados empíricos, revisiones sistemáticas y protocolos de investigación). Esta diversidad permite dar cuenta de los distintos momentos en la aparición y consolidación del discurso tecnosolucionista.

En particular, resulta relevante mostrar de qué modo los trabajos traducen la soledad a variables individuales comparables y tienden a definir el éxito como modulación de estados medibles a través de interacción mediada. Sin embargo, también es preciso analizar qué queda desplazado conceptualmente en ese pasaje, sobre todo, cuando la soledad se encuadra como déficit individual administrable en lugar de leerse como fenómeno relacional ligado a reconocimiento e inclusión. Por ende, además, es necesario ver qué formas de sustitución del vínculo se vuelven tolerables bajo distintos estándares de evaluación. Con esa guía, en cada caso se reconstruyen cuatro dimensiones: cómo se define y operacionaliza la soledad, qué diagnóstico justifica la intervención, qué promesa de solución se pone a prueba y qué supuestos, explícitos o implícitos, sostienen esa promesa sobre la naturaleza del vínculo, la medición y los criterios de mejora.

2.1. Los *AI companions* y la reducción de la soledad

En su *working paper*⁷ “*AI companions reduce loneliness*”, De Freitas *et al.* (2024) reúnen seis estudios para evaluar si los *AI companions* pueden aliviar la soledad y por qué mecanismo lo harían. En el encuadre general, los autores definen la soledad como un estado subjetivo aversivo caracterizado por la discrepancia entre niveles de conexión

⁷ Un *working paper* (o “documento de trabajo”) es una versión preliminar e inédita de una investigación que se difunde de manera relativamente rápida con el fin de poner en circulación resultados y argumentos, recibir comentarios y abrir discusión antes de su eventual publicación formal en una revista con evaluación por pares.

social deseados y reales. En términos de operacionalización, el programa combina dos niveles. Por un lado, evidencia “naturalista”, que se basa en la detección de contenido sobre soledad en reseñas y conversaciones, obtenido mediante herramientas de clasificación con modelos de lenguaje de gran tamaño; también se tiene en cuenta su asociación con valoraciones o valencias y con menciones de “sentirse escuchado”. Por otro, pruebas experimentales donde la soledad se mide como “estado del momento” antes y después de una interacción breve, usando una versión acotada de la UCLA Loneliness Scale⁸ (tres ítems) y un ítem directo (“me siento solo”) como chequeo de robustez.

El diagnóstico que vuelve pertinente la intervención tecnológica es la idea de que hoy la soledad es un fenómeno crónico, extendido y en aumento, con efectos relevantes sobre la salud, al punto de ser presentada como una epidemia y como un problema de salud pública que ya motivó respuestas institucionales en distintos países. En ese marco, el artículo plantea que sigue abierta la pregunta acerca de qué soluciones tecnológicas pueden aportar alivio de modo consistente, y propone a los *AI companions* como una posible estrategia de afrontamiento.

La promesa específica del dispositivo se apoya en su capacidad de simular una interacción social “competente”, con seguimiento de contexto y respuestas a tiempo; sobre todo, se sostiene en que puede producir la experiencia de “sentirse escuchado”, en continuidad con la relevancia que se atribuye a la escucha activa como mecanismo de alivio en entornos terapéuticos con humanos. Los estudios muestran que un *AI companion* puede reducir la soledad en el corto plazo y que, bajo ciertas condiciones, ese alivio puede ser, por una parte, comparable al de hablar con otra persona y, por otra, superior a condiciones de control y a alternativas tecnológicas específicas evaluadas —por ejemplo, ver YouTube—. A esto se suma un argumento de escala. Por su modelo *freemium* y la menor necesidad de insumos humanos, los *AI companions* se presentan como una solución más costo-efectiva y escalable que alternativas y programas de intervención con provisión humana, especialmente para potenciales beneficiarios en zonas remotas o con movilidad limitada.

En cuanto a los supuestos, el trabajo adopta un encuadre en el que la soledad se deja estabilizar como estado subjetivo sensible a intervenciones conversacionales breves, y en el que, por ende, una variación inmediata en autoinformes puede leerse como evidencia relevante de “reducción” del problema. Sobre ese trasfondo, el mecanismo privilegiado es “sentirse escuchado”, definido como la percepción de que el interlocutor comprende pensamientos, sentimientos y preferencias y los recibe con atención, empatía, respeto y comprensión mutua (De Freitas *et al.*, 2024). De este modo, el alivio se explica menos por la interacción en abstracto que por la producción de una escena de recepción empática.

Según la lectura del presente artículo, el aporte específico de este trabajo a la matriz tecnosolucionista radica en cómo utiliza el modelo *freemium* y la conveniencia logística para validar la mediación. Al presentar a los *AI companions* como una alternativa costo-efectiva frente a programas humanos, se re-describen los déficits infraestructurales o de movilidad como un nicho legítimo para la provisión tecnológica, transformando una carencia material en una oportunidad de distribución a gran escala. El efecto político es que la escena conversacional se vuelve una prestación administrable, mientras que las condiciones institucionales que producirían inclusión efectiva quedan fuera del diseño de la solución.

⁸ La UCLA Loneliness Scale es una escala estandarizada de autoinforme para medir soledad percibida.

2.2. Robots sociales impulsados por IA para abordar la soledad

En su artículo “*AI-powered social robots for addressing loneliness: a systematic review protocol*”, Shankar *et al.* (2025) no presentan resultados de una intervención, sino que fijan *ex ante* el marco de comparabilidad con el que el campo pretende evaluar la “efectividad” de robots sociales impulsados por IA para reducir la soledad en personas mayores. Esto lo hacen en un protocolo de revisión sistemática⁹ registrado en PROSPERO¹⁰ y difundido como *preprint* en medRxiv¹¹. En su punto de partida, la soledad queda definida como un sentimiento subjetivo y angustiante que surge de deficiencias percibidas en la cantidad o la calidad de las relaciones sociales, incluyendo la distinción entre soledad emocional y soledad social, y separándose explícitamente del aislamiento social objetivo. En esa clave, la variable primaria se operacionaliza como “soledad” y se mide a través de instrumentos validados, mientras que como resultados secundarios se incluyen aislamiento social, apoyo social y calidad de vida, junto con otros indicadores de salud mental y cognición cuando los estudios los reportan.

De manera coherente con ese encuadre, el diagnóstico que vuelve pertinente la intervención se inscribe en una gramática de salud pública que identifica a los mayores de 60 como población especialmente vulnerable y presenta la soledad como problema con consecuencias sanitarias. Esto habilita una pregunta rectora formulada en términos de efectividad comparada frente a cuidados habituales u otras intervenciones. A diferencia de los casos centrados en *chatbots*, aquí el objeto tecnológico son robots diseñados para interacción social que incorporan técnicas como procesamiento de lenguaje natural, reconocimiento del habla, visión por computadora y aprendizaje automático para sostener interacciones adaptativas y personalizadas.

En cuanto a los supuestos, el protocolo presupone que la soledad es suficientemente estabilizable como variable para ser sintetizada y comparada entre estudios mediante instrumentos “validados”; también presupone que la pregunta relevante puede formularse en términos de efectividad, es decir, como cambios de puntaje en escalas y en indicadores asociados de salud y bienestar. De manera correlativa, naturaliza que la provisión tecnológica de interacción y compañía mediante robots sociales constituye una vía pertinente de intervención, y desplaza el debate hacia el rendimiento de esa mediación, su adaptatividad y su personalización.

Según la lectura del presente artículo, lo más relevante de este protocolo es cómo utiliza el lenguaje de la salud basada en evidencia para blindar metodológicamente la intervención tecnológica. Al estandarizar los criterios de éxito mediante instrumentos clínicos, las condiciones estructurales de la vejez quedan reducidas a meros factores de riesgo de un estado subjetivo. Se consolida así la operación de tratar a la soledad como un estado susceptible de ser abordado midiendo la eficacia de un robot, dejando como telón de fondo no interrogado al entorno institucional que produce dicho aislamiento.

2.3. IA para reducir la soledad en personas mayores

Este estudio de Yang *et al.* (2025), “*AI applications to reduce loneliness among older adults: a systematic review of effectiveness and technologies*”, es una revisión

⁹ Un protocolo de revisión sistemática es un documento previo a la realización de la revisión que deja establecidos, de manera pública y anticipada, la pregunta de investigación y el plan metodológico.

¹⁰ PROSPERO es un registro internacional de protocolos de revisiones sistemáticas en salud que permite dejar asentados de antemano los objetivos, criterios y métodos (con un identificador único) para hacer transparente el proceso y reducir sesgos.

¹¹ medRxiv es un servidor de *preprints* en ciencias de la salud: aloja manuscritos preliminares para su circulación pública antes de la revisión por pares en una revista.

sistemática¹² de intervenciones con IA orientadas a reducir la soledad en personas mayores; desde el inicio se enmarca en la idea de que la IA permitiría superar límites de diseño e implementación mediante soluciones “personalizadas y escalables”. En términos conceptuales, la soledad se fija como vivencia subjetiva derivada de una brecha entre conexiones deseadas y conexiones efectivas; esto posibilita su traducción a un resultado medible y, por ende, comparable entre estudios. Sobre ese trasfondo, el diagnóstico que justifica la intervención combina una preocupación sanitaria con un argumento práctico sobre la efectividad mixta y las dificultades de escalar intervenciones tradicionales por limitaciones de recursos; la promesa consiste en que aplicaciones con IA habilitarían apoyos más sostenibles y ajustados a necesidades individuales, con menor dependencia de provisión humana continua.

En cuanto a los supuestos operativos, la revisión tiende a identificar “éxito” con reducción de puntajes en escalas estandarizadas y a leer la variación en esos puntajes como evidencia suficiente de que la intervención “funciona”, mientras que la dimensión tecnológica relevante queda especificada en capacidades como reconocimiento del habla y reconocimiento o simulación emocional. En ese sentido, los resultados se organizan alrededor de nueve estudios, con predominio de robots sociales y un balance heterogéneo: seis trabajos reportan reducciones significativas, sobre todo, en los que utilizan robots sociales con mayor involucramiento emocional e interacción personalizada, y tres trabajos no muestran efectos, lo que está frecuentemente asociado a duraciones más breves o menor frecuencia de interacción.

En este caso, la operación conceptual clave consiste en formular la escasez de recursos como el principal obstáculo a vencer. Al enmarcar las intervenciones tradicionales como difíciles de sostener económicamente o de escalar, el estudio justifica la automatización del cuidado por su viabilidad logística. Así, la capacidad de sostener dosis de interacción con bajo costo marginal se convierte en el estándar de éxito para evaluar a los robots o asistentes, asumiendo como válida una conectividad que compensa el malestar sin necesidad de interrogar si efectivamente recompone la pertenencia.

2.4. El papel de la IA en la mitigación de la soledad en adultos en Estados Unidos

En el artículo “*The role of AI in alleviating loneliness among adults in the United States*”, Syed (2024) presenta un estudio aplicado que reúne, bajo el rótulo de *AI companions*, un conjunto heterogéneo de tecnologías: desde *chatbots* conversacionales y robots sociales hasta asistentes virtuales y sistemas de recomendación orientados a fomentar la interacción comunitaria. Si bien el texto invoca la soledad como problema de salud pública, su definición opera en términos predominantemente subjetivos y se apoya en autorreportes; además, tiene una tendencia a tratarla de modo cercano al aislamiento social y a describir la mejora como disminución de soledad emocional o soledad subjetiva. El diagnóstico que habilita la intervención combina dos cuestiones: por un lado, el aumento contemporáneo de la soledad asociado a transformaciones en estilos de vida y formas de comunicación; por otro, la limitación práctica de intervenciones tradicionales por barreras de acceso, costo y estigma, de modo que la IA se introduce como una vía para ampliar disponibilidad de apoyo y conversación a gran escala.

La solución promovida adopta la forma de un paquete de prestaciones, donde la compañía se define por disponibilidad, continuidad y personalización. En ese marco, los *chatbots* se presentan como instrumentos de conversación y validación emocional, los

¹² Una revisión sistemática es un tipo de estudio que no produce datos nuevos, sino que reúne y analiza de manera metódica la evidencia ya publicada sobre una pregunta precisa.

robots sociales como mediaciones especialmente pertinentes para adultos mayores por su interacción más encarnada, y los sistemas de recomendación como herramientas para conectar personas con grupos o comunidades afines. En términos de resultados, el artículo reporta que se perciben mejoras de bienestar y disminución de soledad, asociadas a mayor frecuencia de uso, junto con un análisis de sentimiento de conversaciones que clasifica la mayoría de las interacciones como positivas. El patrón general es que la evidencia se organiza alrededor de variaciones en autorreportes y correlaciones entre uso y niveles de soledad, lo cual sostiene la tesis de que la compañía mediada puede funcionar como intervención efectiva.

En relación con los supuestos, en primer lugar, se supone que la soledad es suficientemente estabilizable como estado subjetivo medible y comparable, y que, por lo tanto, una reducción de puntajes o una mejora percibida constituye evidencia relevante de solución. En segundo lugar, que el mecanismo principal de mejora reside en la disponibilidad de interacción receptiva, entendida como escucha, respuesta y validación, de modo que aumentar la “oferta” de interlocución puede compensar el déficit relacional. En tercer lugar, que el problema central de las intervenciones humanas es su dificultad de escala, por lo que el valor específico de la IA aparece asociado a su capacidad de personalizar y sostener interacción con bajo costo marginal.

Este caso resulta ilustrativo por el modo en que reordena el problema, ya que la soledad queda tratada como un malestar individual administrable por la provisión técnica de compañía. El aporte particular de este trabajo a la consolidación tecnosolucionista se observa en su abordaje de los riesgos: aunque el texto reconoce peligros de privacidad, dependencia o sustitución de la interacción humana, los formula exclusivamente como asuntos de mitigación y diseño. Al encapsular los riesgos de esta manera, se evita tomarlos como razones para interrogar el desplazamiento normativo que vuelve verosímil privatizar la compañía como un servicio. En consecuencia, el caso funciona como un ejemplo claro de cómo se fijan estándares de mejora centrados en estados individuales, volviendo aceptable una respuesta escalable frente a un fenómeno con implicancias públicas.

A continuación, en la **Tabla 1**, se sistematizan las dimensiones de análisis aplicadas al corpus seleccionado.

Tabla 1. Sistematización de las dimensiones de análisis en el corpus seleccionado

Estudio	Definición y operacionalización	Diagnóstico	Promesa de solución	Supuestos
De Freitas et al. (2024)	Estado subjetivo aversivo caracterizado por la discrepancia entre niveles de conexión social deseados y reales.	La soledad es un fenómeno crónico, extendido y un problema de salud pública.	Simulación de una interacción social competente orientada a producir la percepción de sentirse escuchado.	La soledad es estabilizable como estado subjetivo y resulta sensible a intervenciones conversacionales breves.
	Operacionalización mediante escalas breves y evidencia naturalista en reseñas de usuarios.		Escalabilidad costo-efectiva mediante modelo <i>freemium</i> .	El alivio se comprueba mediante variaciones en autoinformes.

Estudio	Definición y operacionalización	Diagnóstico	Promesa de solución	Supuestos
Shankar et al. (2025)	Sentimiento subjetivo surgido de deficiencias percibidas en la cantidad o calidad de las relaciones.	Problema con consecuencias sanitarias graves que afecta especialmente a la población mayor de 60 años.	Interacción adaptativa y personalizada a través de robots sociales, evaluada por su efectividad frente a cuidados habituales.	La soledad es una variable estabilizable y sintetizable entre estudios.
	Operacionalización centrada en instrumentos clínicos validados.			El éxito terapéutico equivale a cambios de puntaje.
Yang et al. (2025)	Vivencia subjetiva derivada de la brecha entre conexiones deseadas y efectivas.	Dificultad para sostener y escalar intervenciones humanas tradicionales debido a limitaciones prácticas y de recursos.	Apoyos sostenibles, ajustados a necesidades individuales y escalables, con menor dependencia de provisión humana continua.	El éxito se identifica exclusivamente con la reducción de puntajes en escalas estandarizadas.
	Traducción directa a resultados medibles.			La limitación organizativa y de recursos es el problema central a resolver.
Syed (2024)	Soledad formulada en términos predominantemente subjetivos y apoyada en autorreportes; cercana al aislamiento social.	Aumento contemporáneo de la soledad combinado con barreras de acceso, costo y estigma en las terapias humanas.	Paquete de prestaciones a gran escala basado en disponibilidad, continuidad y personalización (mediante <i>chatbots</i> , robots y recomendaciones).	Aumentar la oferta de interlocución compensa el déficit relacional.
				La ventaja de la IA reside en su capacidad de personalizar interacción con bajo costo marginal.

3. Tendencias transversales del corpus

En conjunto, los casos expuestos y analizados convergen en una misma operación de fondo. Aun cuando provienen de géneros distintos y trabajan con artefactos heterogéneos, estabilizan la soledad como un objeto intervenible mediante una definición predominantemente subjetiva que la presenta como discrepancia entre vínculos deseados y vínculos efectivamente experimentados. Este piso conceptual funciona como condición de posibilidad del trabajo comparativo, porque permite traducir experiencias relacionales heterogéneas a una variable relativamente homogénea, medible y sintetizable. Ese pasaje no es neutral. Al convertir “soledad” en indicador, el corpus fija de antemano qué cuenta como cambio relevante, qué temporalidad de cambio se vuelve esperable y qué mecanismos aparecen como explicaciones plausibles; además, en no pocos casos, favorece una economía de evidencia relativamente liviana, centrada en autorreportes, asociaciones de uso y métricas de valencia afectiva.

Sobre esa base se configura una segunda regularidad, que adopta la forma de una promesa de modulabilidad por interacción. La soledad aparece como algo que puede desplazarse mediante compañía mediada, y el mecanismo privilegiado se formula, explícita o implícitamente, como producción de una escena relacional mínima, repetible y de bajo costo, en la que la tecnología sostiene continuidad, disponibilidad y respuesta.

En este marco, el éxito tiende a definirse como reducción de puntajes o como alivio detectable en ventanas temporales acotadas, aun cuando el fenómeno sea presentado a la vez como crónico y de escala social. El efecto de ese acople entre temporalidad del problema y temporalidad de la evidencia es que vuelve verosímil la intervención tecnológica. Si el malestar puede moverse con interacción breve o frecuente, entonces la discusión se desplaza hacia condiciones de uso, frecuencia, intensidad de exposición y atributos de la mediación.

El tercer patrón recorre el diagnóstico que habilita la intervención, que suele articular un encuadre sanitario con un argumento de factibilidad. En los casos centrados en la vejez, la soledad se presenta como problema con impactos relevantes sobre salud y bienestar y, de manera simultánea, se enfatiza que las intervenciones tradicionales tienen resultados mixtos o dificultades para sostenerse y expandirse por límites de recursos humanos y organizativos. En ese punto, la IA se vuelve atractiva no solo por prometer alivio subjetivo, sino por prometer gestión de la escala, es decir, personalización sin provisión humana continua, continuidad sin alto costo marginal y presencia sin infraestructuras comunitarias complejas. En términos prácticos, el argumento económico-organizativo opera como bisagra, porque desplaza parte del problema desde la producción social del aislamiento hacia la logística de proveer compañía, y reescribe déficits territoriales e institucionales como condiciones que justifican una solución tecnológica.

Este modo de construir el diagnóstico y la intervención consolida el desplazamiento normativo delineado al comienzo de este trabajo. Al reducir la evaluación al alivio de puntajes individuales, el abordaje tecnosolucionista expresado en el corpus capta únicamente la compensación del malestar, soslayando la dimensión del reconocimiento social. En esa clave, el atractivo de estos dispositivos no se explica únicamente por aumentar la cantidad de interacción, sino por su capacidad de producir de manera estable y disponible señales de recepción, sintonía y validación, que pueden vivirse como alivio aun cuando no impliquen inclusión social efectiva. Por eso, la diferencia no es de matiz. Mientras que estos desarrollos logran sostener señales de recepción y sintonía estables que pueden vivirse como alivio, una lectura relacional exige evaluar si esa mediación transforma, o más bien simula, las condiciones de integración que hacen posible una vida social compartida.

Una cuarta regularidad aparece en el modo en que el corpus procesa la heterogeneidad empírica y metodológica sin abandonar la orientación de solución, sino reubicándola dentro de una racionalidad de optimización. Allí donde los efectos reportados son variables, o donde los diseños comparan modalidades y condiciones de interacción, la pregunta tiende a reformularse como cuestión de qué tipo de tecnología, qué modalidad de mediación y qué características de uso se asocian con mejores resultados. De este modo, la variación de hallazgos no se traduce automáticamente en una discusión sobre los límites estructurales de la provisión tecnificada de compañía, sino en una agenda de afinamiento, selección y ajuste de dispositivos y modalidades de uso. Esto mantiene fijo el supuesto de que el problema central es encontrar la forma correcta de intervenir tecnológicamente.

Por último, el corpus deja planteada una tensión que conviene explicitar porque funciona como borde crítico del enfoque. La misma arquitectura que promete alivio, disponibilidad, bajo costo relacional y validación consistente es la que puede favorecer formas de reemplazo o desplazamiento de vínculos humanos, sobre todo, si se interpreta que “compañía” y “apoyo” pueden proveerse como servicio. En esa tensión se juega la dimensión tecnopolítica del conjunto. Lo público aparece como un telón de fondo que justifica urgencia y escala, mientras la solución se formula en términos de

intervención sobre el individuo. Esto tiene el riesgo de que problemas sociales, territoriales e institucionales sean reconfigurados como oportunidades de negocio para empresas tecnológicas, a partir de escalar la noción de compañía mediante automatización.

Conclusión: ¿qué aportan las herramientas humanísticas en este debate?

Un punto central de este trabajo es que la crítica no consiste en negar que la soledad tiene dimensiones mensurables ni en descalificar el uso de escalas, autoinformes o indicadores como insumos de investigación. La posibilidad de cuantificar aspectos de la experiencia permite describir tendencias, comparar intervenciones y discutir efectos con un grado relevante de precisión. El problema comienza cuando ese recorte metodológico se toma sin mediaciones como definición exhaustiva del fenómeno, de modo que la “soledad” queda reducida a un puntaje y se naturaliza la idea de que el núcleo del problema es un malestar individual modulable por dosis de interacción. Ese giro no es neutro, porque reorganiza qué cuenta como evidencia, qué cuenta como mejora y qué queda fuera de campo. Con ello, se habilita una salida tecnosolucionista en la que la pregunta por condiciones sociales e institucionales del vínculo se desplaza hacia el diseño, la distribución y la escalabilidad de dispositivos de compañía.

Luego, la cuestión no se agota en oponer tecnología y humanidad, ni en suponer que todo uso tecnológico orientado a la soledad es, por definición, improcedente. La existencia humana está atravesada por la técnica, no como añadido instrumental a una naturaleza previa, sino como forma de habitar y transformar la circunstancia, produciendo entornos que vuelven posible la vida tal como la conocemos (Ortega y Gasset, 1965). Por eso, discutir tecnologías orientadas a la soledad exige precisar qué hacen esas mediaciones en el mundo humano, qué prácticas habilitan, qué expectativas instituyen y qué costos relacionales vuelven aceptables, en lugar de resolver el debate en términos de una condena general de la tecnología.

De ahí el tercer punto. Para evaluar estos sistemas no alcanza con una mirada ingenieril que trate los artefactos como herramientas neutrales evaluables solo por desempeño, eficiencia o capacidad de producir determinados resultados. Hace falta una perspectiva humanística que cuestione los supuestos normativos que se inscriben en el diseño, el sentido que esos artefactos adquieren en contextos sociales concretos y los modos de vida que contribuyen a estabilizar: la técnica no solo “resuelve” problemas, también configura marcos de interpretación, criterios de deseabilidad y expectativas sobre lo que debería contar como respuesta adecuada (Mitcham, 1989). En esa dirección, el punto decisivo no es solo si un sistema “funciona” según un indicador, sino qué se entiende por soledad, qué tipo de vínculo se promete, qué es lo que se transforma en la relación con uno mismo y con los otros, y qué se desplaza cuando la respuesta adopta la forma de una prestación de compañía.

El marco propuesto por Pedace *et al.* (2020) permite ordenar ese aporte, porque vuelve visible que la IA no se “aplica” sobre un problema ya dado, sino que opera como mediación que reorganiza el entorno y, con ello, modela hábitos, expectativas y responsabilidades. Evaluar la tecnología solo con criterios intrínsecos como eficacia o costos deja afuera la dimensión más delicada: cómo determinada tecnología se inserta en una sociedad específica, qué distribuciones de acceso consolida, qué prácticas desplaza y qué formas de vínculo vuelve más probables (Pedace *et al.*, 2020). En tecnologías orientadas a “gestionar” la soledad, esto obliga a preguntar qué idea de buena vida y qué promesa de reconocimiento quedan codificadas como solución, y qué se pierde cuando la respuesta se privatiza como servicio de compañía.

En este punto, Jacobs (2024) afina el problema con un criterio normativo más exigente. Si la soledad se interpreta como síntoma de distorsiones en vínculos de reconocimiento e integración y no solo como malestar subjetivo, entonces, la pregunta no se resuelve con “compañía” en abstracto ni con mejoras en un indicador, sino con condiciones efectivas de inclusión, pertenencia y participación. Desde ahí, el riesgo de ciertos acompañantes de IA no es únicamente que confundan alivio inmediato con transformación del vínculo social, sino que ofrezcan una ilusión de reconocimiento que vuelve más tolerable el repliegue sin recomponer aquello que falta en el plano de la integración.

Al mismo tiempo, la conclusión de Jacobs (2024) no exige negar todo uso posible, sino distinguir entre *sustitución* y *transición*. Pensar la IA como un apoyo transicional implica un cambio radical en el diseño y en los criterios de éxito corporativos. Un dispositivo genuinamente transicional debería evaluar su eficacia no por la retención del usuario o el tiempo de uso prolongado —que es la métrica de los actuales modelos *freemium*—, sino por su propia obsolescencia; es decir, por su capacidad para andamiar habilidades sociales, reducir barreras de ansiedad y redirigir activamente a la persona hacia redes comunitarias. La sustitución, por el contrario, ocurre cuando la plataforma se vuelve un fin en sí mismo, privatizando el vínculo y obturando la búsqueda de lazos humanos al ofrecer un reemplazo estable y de bajo costo.

Finalmente, hay razones políticas para tomarse en serio esta disputa conceptual y no reducirla al plano de la medición o de la eficacia de dispositivos. Desde la filosofía política, la soledad puede ser abordada como un fenómeno con implicancias públicas, organizado alrededor de tres ejes que no encajan en una lectura meramente clínica: los desafíos políticos que puede acarrear, el alcance de la responsabilidad estatal frente a su producción o agravamiento, y la deseabilidad moral de distintas intervenciones para reducirla (De Vries & Rezaie, 2025). En este marco, la pregunta deja de ser únicamente qué le ocurre a un individuo y pasa a incluir qué le ocurre a una comunidad cuando la soledad se expande y se distribuye de manera desigual, qué efectos tiene sobre la vida democrática y qué obligaciones colectivas se activan frente a ese deterioro. Desde esta perspectiva, por ejemplo, se argumenta que ciertos contextos de soledad pueden contribuir a la erosión del sentido compartido y aumentar la vulnerabilidad frente a formas de radicalización o adhesión a ideologías extremistas; al mismo tiempo, se discuten vínculos entre soledad, misoginia y violencia en segmentos específicos, así como la manera en que desigualdades estructurales y sistemas de opresión pueden producir o intensificar soledades socialmente situadas (De Vries & Rezaie, 2025).

A la luz de ese encuadre, el aporte del recorrido comparativo realizado en este trabajo puede formularse con mayor precisión, porque muestra qué condiciones conceptuales vuelven “razonable” que un problema con efectos públicos sea tratado como un blanco de intervención individual. Los casos analizados tienden a alinear tres movimientos: una mirada que trata la tecnología digital como herramienta neutral optimizable, una conceptualización predominantemente psicologista de la soledad —reducida a puntajes y modulable por interacción— y una deriva que presenta la compañía escalable como respuesta privilegiada. Una perspectiva humanística, relacional y crítica permite desarmar esa alineación y oponerle una exigencia normativa basada en la recuperación de las infraestructuras colectivas de cuidado. Esto implica la demanda material de jerarquizar los espacios públicos, las instituciones comunitarias, las redes de contención territorial y el reconocimiento del trabajo de cuidado. Estas dimensiones no son variables de ajuste frente a las cuales la IA deba operar como un parche privatizado. Por el contrario, cualquier mediación técnica legítima debería estar subordinada a —y articulada con— decisiones políticas que garanticen la integración real. En este sentido,

es imprescindible recuperar criterios normativos más exigentes para que la respuesta a la epidemia de soledad no se agote en la gestión técnica de estados individuales, dejando las condiciones de reconocimiento e inclusión fuera de discusión.

Bibliografía

Barrio Formoso, Óscar (2024). Hacia una cartografía teórica de la soledad: una revisión de los acercamientos teóricos a la soledad. *Papers*, 109(1), e3207. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/papers.3207>.

Bobrowsky, Meghan (2025). Zuckerberg's Grand vision: most of your friends will be AI [Artículo periodístico en línea]. *The Wall Street Journal*, 7 de mayo. Recuperado de: <https://www.wsj.com/tech/ai/mark-zuckerberg-ai-digital-future-0bb04de7>.

Coeckelbergh, Mark (2023). *La filosofía política de la inteligencia artificial: una introducción*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Cunningham, Kathryn Burns, Wells, Mary & Kroll, Thilo (2025). Back to basics in the field of loneliness: Progressing conceptualisation and definition of the term – an umbrella concept analysis. *Health Psychology Review*, 19(4), 839-877. DOI: <https://doi.org/10.1080/17437199.2025.2528822>.

De Freitas, Julian, Uğuralp, Ahmet Kaan, Uğuralp, Zeliha & Puntoni, Stefano (2024). AI companions reduce loneliness. *Harvard Business School Working Paper*, 24-078. Cambridge: Harvard Business School. DOI: <https://doi.org/10.2139/ssrn.4893097>.

De Vries, Bouke & Rezaieh, Sarah A. (2025). Political philosophy and loneliness. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 65, 101568. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2025.101568>.

Jacobs, Kerrin Artemis (2024). Digital loneliness: Changes of social recognition through AI companions. *Frontiers in Digital Health*, 6, 1281037. DOI: <https://doi.org/10.3389/fdgth.2024.1281037>.

Mahdawi, Arwa (2025). Did the system update ruin your boyfriend? Love in a time of ChatGPT [Artículo periodístico en línea]. *The Guardian*, 16 de agosto. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2025/aug/16/chatgpt-update-love-boyfriend>.

Mitcham, Carl (1989). *¿Qué es la filosofía de la tecnología?* Barcelona: Anthropos.

Morozov, Evgeny (2016). *La locura del solucionismo tecnológico*. Buenos Aires: Clave Intelectual.

Morton Gutiérrez, Jorge Luis (2022). Replika y la compañía de la inteligencia artificial emocional: los retos éticos y sociales de los chatbots de compañía. *VISUAL Review. International Visual Culture Review*, 9. DOI: <https://doi.org/10.37467/revvisual.v9.3606>.

Ortega y Gasset, José (1965). *La meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*. Madrid: Espasa-Calpe.

Pani, Bianca, Crawford, Joseph & Allen, Kelly-Ann (2024). Can generative artificial intelligence foster belongingness, social support, and reduce loneliness? A conceptual analysis. En Z. Lyu (Ed.), *Applications of Generative AI* (261–276). Cham: Springer Nature Switzerland AG. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-031-46238-2_13.

Pedace, Karina, Balmaceda, Tomás, Pérez, Diana, Lawler, Diego & Zeller Echenique, Maximiliano (2020). *Caja de herramientas humanísticas*. Buenos Aires: Proyecto GUIA. Recuperado de: <https://proyectoquia.lat/wp-content/uploads/2020/05/Caja-de-herramientas-Humanistas.pdf>.

Robb, Michael B. & Mann, Supret (2025). Talk, trust, and trade-offs: how and why teens use AI companions. San Francisco: Common Sense Media. Recuperado de: <https://www.common sense media.org/research/talk-trust-and-trade-offs-how-and-why-teens-use-ai-companions>.

Shankar, Ravi, Devi, Fiona & Qian, Xu (2025). AI-powered social robots for addressing loneliness: A systematic review protocol [Preprint]. medRxiv. DOI: <https://doi.org/10.1101/2025.06.19.25329905>.

Syed, Shoeb Ali (2024). The role of AI in alleviating loneliness among adults in the United States. *International Journal of Engineering Technology Research & Management (IJETRM)*, 8(4), 404-421. DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.15222179>.

Taebnia, Vahid (2025). Addressing loneliness through AI: philosophical perspectives. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 65, 101576. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2025.101576>.

Tirkkonen, Sanna Karoliina (2025). Phenomenological approaches to loneliness: a conceptual review. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 66, 101612. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2025.101612>.

Townsend, Chance (2026). CES 2026: meet Ami, the AI soulmate for the lonely remote worker. Mashable, 6 de enero. Recuperado de: <https://mashable.com/article/ces-2026-lepro-ai-desktop-companion-holodeck>.

World Health Organization (2025). From loneliness to social connection - charting a path to healthier societies: report of the WHO Commission on Social Connection. Ginebra: World Health Organization. Recuperado de: <https://www.who.int/publications/i/item/978240112360>.

Yang, Yuyi, Wang, Chenyu, Xiang, Xiaoling & An, Ruopeng (2025). AI applications to reduce loneliness among older adults: a systematic review of effectiveness and technologies. *Healthcare*, 13(5), 446. DOI: <https://doi.org/10.3390/healthcare13050446>.